

F  
3009  
AS

EL ESTILO Y EL LENGUAJE.

# DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso de 1884 á 1885

EN EL

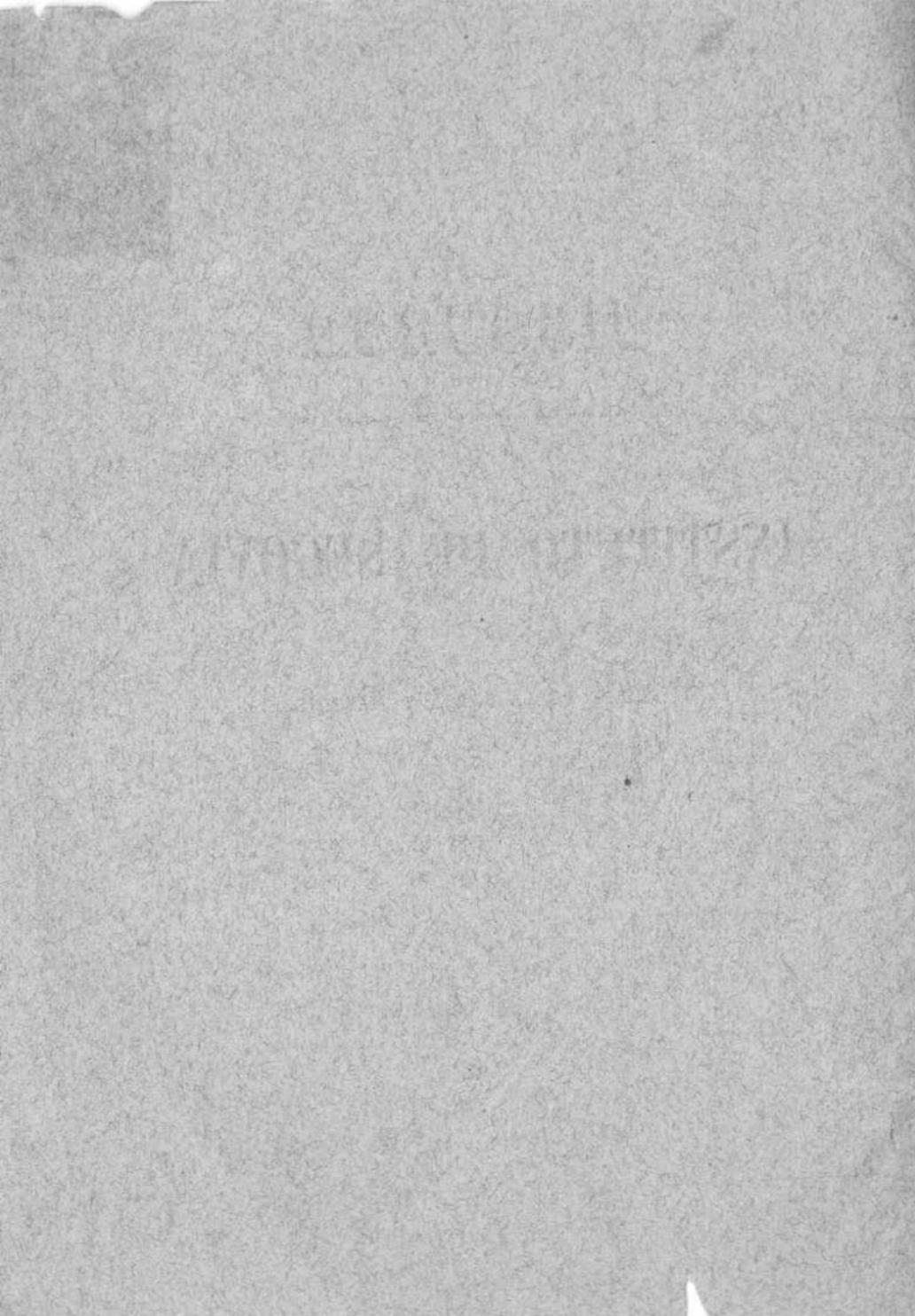
## INSTITUTO DE SEGOVIA

por

D. FELIPE DE LA GARZA Y MARTINEZ,

LICENCIADO EN LAS FACULTADES DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
Y DERECHO CIVIL Y CANÓNICO Y CATEDRÁTICO SUPERNUMERARIO DE LETRAS DEL MISMO ESTABLECIMIENTO.

SEGOVIA:  
IMPRESA PROVINCIAL.



EL ESTILO Y EL LENGUAJE.

# DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso de 1884 á 1885

EN EL

## INSTITUTO DE SEGOVIA

por

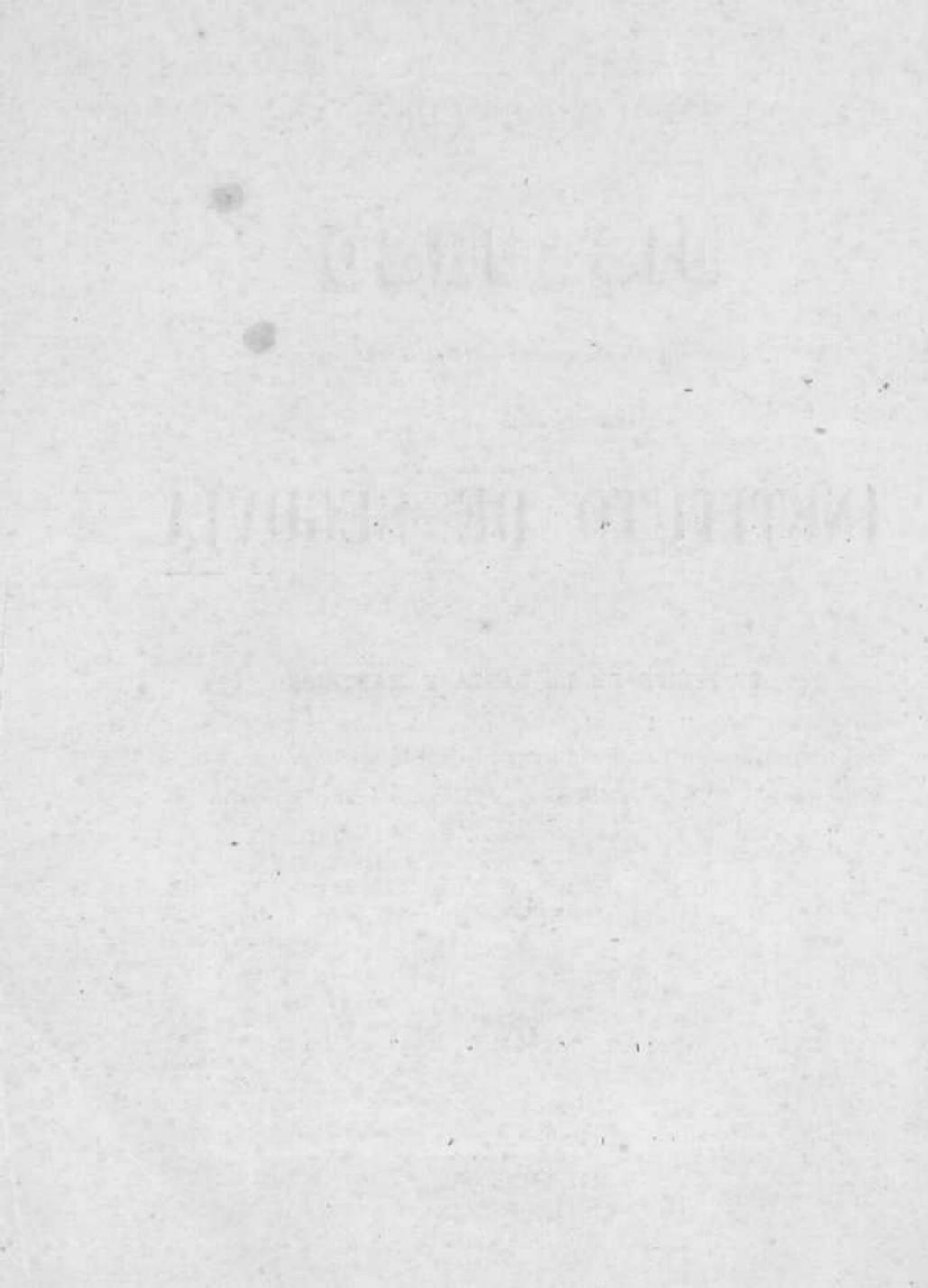
D. FELIPE DE LA GARZA Y MARTINEZ,

LICENCIADO EN LAS FACULTADES DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
Y DERECHO CIVIL Y CANÓNICO Y CATEDRÁTICO SUPERNUM-  
RARIO DE LETRAS DEL MISMO ESTABLECIMIENTO.

Sig.: F 3009 AS  
Tít.: El estilo y el lenguaje : discurs  
Aut.: Garza y Martinez, Felipe de la  
Cód.: 51111205



SEGOVIA:  
IMPRESA PROVINCIAL.



---

## ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

**L**A palabra, alada expresión del pensamiento, forma sensible de los conceptos intelectuales, don concedido por la Providencia á la humanidad, es una de las más grandes creaciones, uno de los más profundos estudios. Ella trasmite la idea, es la mensajera del sentimiento, anuncia las invenciones, narra las guerras, expone los grandes hechos, inmortaliza los héroes y conmueve el corazón humano: ella canta á la Divinidad, pinta las luchas de la vida, nos hace amar las virtudes y gozar en la contemplación de las maravillas naturales: ella, en fin, crea las relaciones de los pueblos, civiliza las naciones, predica el bien, nos enseña la verdad y nos muestra la belleza.

TECA P

Pero no son estos efectos de la palabra aislada sino en relación con el pensamiento: son resultado de ese lazo incomprensible, de esa unión que no puede romperse, porque allí donde está la palabra es precisa la existencia del pensamiento, y allí donde nace un pensamiento, brota la expresión que le ha de enunciar, que le ha de comunicar á los demás: son efecto del poder de esa unión, de esa conformidad, del órden con que se encadenan el lenguaje y el pensamiento, del sello especial que el hombre imprime á sus escritos, del estilo, en una palabra.

Empresa temeraria la nuestra, si pretendiéramos decir algo nuevo sobre esa palabra, sobre ese sello especial que el hombre imprime á sus obras. Empresa temeraria, repetimos, y mucho más hoy que, colocados en el puesto de honor por designación del Cláustro de este Instituto, (á quien ni sabemos cómo agradecer tal distinción, ni cómo manifestar nuestro sentimiento por no poder cumplir dignamente la misión que se nos confiara), sentimos que nuestros lábios balbucen, nuestra inteligencia carece de luces necesarias y una extraña conmoción se apodera de nuestro ánimo, propia del que sobre los débiles hombros ha echado una carga superior á sus fuerzas.

Comprendereis mi situación crítica, hallándome rodeado de cuanto notable encierra esta ciudad rica en timbres gloriosos, ilustre por sus antepasados y grande por sus hazañas, que pregonan los elevados torreones de su alcázar, su antiquísimo acueducto y sus históricos palacios. En efecto, señores, si miro á la derecha me encuentro á mis dignísimos compañeros en

unión de celosas autoridades y sábias corporaciones; si á la izquierda un público ilustrado y coronando este cuadro las bellas flores de las riberas del Eresma que perfuman con el aliento de sus almas los ámbitos de este salón.

No quisiera que alimentáseis esperanzas que han de frustrarse; deseara que no os forjáseis ilusiones que pronto se desvanecerán. Anhelaría elevaros á las preciadas regiones donde las grandes ideas se elaboran, los rasgos sublimes brotan y los dichos de los sábios alumbran las inteligencias; más, yá os lo dije, ni conocimientos profundos, ni imaginación fogosa, ni admirable facundia, ni elocuencia arrebatadora poseo y he de acogerme á vuestra proverbial benevolencia para que dispenseis lo sencillísimo de mi estilo y lo incorrecto y pobre de mi lenguaje. El deber me llamó y aquí me teneis, no más que respondiendo al eco de su voz imperiosa.

Casi desde mi infancia, cuando apenas las luces de la razón iluminaban mi entendimiento, despertáronse en mí las aficiones literarias, sentí hácia ellas no sé que extraña vocación, y sin tener en cuenta el "*Sumite materiam vestris.....*" del inmortal Horacio, lancéme al campo de la literatura, sin fijarme en lo áspero del camino y lo difícil del acceso, bien así como el inexperto niño se lanza trás la cometa cuyo vuelo le encanta ó trás la mariposa, cuyos colores le seducen.

Sirva esta observación de disculpa, ya que no de razón fundamental, respecto á mi atrevimiento en la elección del tema que os indiqué en mis primeras palabras y que, con vuestra venia, me propongo desarrollar.

## EL LENGUAJE Y EL ESTILO: SUS DIFERENCIAS Y LEYES.

### I.

El hombre que por medio de las operaciones de su inteligencia, recuerda, abstrae, generaliza, juzga y raciocina, que por medio de estas operaciones piensa, sería relativamente imperfecto si no estuviera dotado de la facultad de manifestar sus pensamientos por medio de signos exteriores, si no tuviera una forma para representar la idea. Esta forma, esta colección de signos para expresar lo que siente, piensa y quiere, es el lenguaje. Pero así como, según los filósofos, hay signos naturales y artificiales, así hay también dos lenguajes, natural el uno y artificial el otro; compuesto aquel de gestos, movimientos, actitudes y sonidos inarticulados y este de articulaciones; universal el primero, conocido con el nombre de *mímico*, y vário y particular el segundo, denominado *vocal*.

Cuan grande sea la diferencia entre ambos modos de expresión, se comprenderá fácilmente si nos detenemos un momento á examinarlos. Oid lo que dice un sábio, refiriéndose al primero. “Cuando el alma está agitada el rostro humano viene á ser un cuadro vivísimo en que las pasiones se ven retratadas con tanta delicadeza como energía; en que cada movimiento del ánimo está expresado por una pincelada, cada acto por un rasgo distintivo; el ojo, que depende más directamente del alma, es el que más descubre exteriormente las imágenes de nuestras ocultas agitaciones, expresa las pasiones más turbulentas y vivas como los más suaves y tiernos afectos, trasmitiéndoles por medio de

signos rapidísimos á otra alma á quien comunica la acción, el fuego y la imágen del alma de donde brotan. El ojo es el sentido del espíritu y la luz de la inteligencia. Despues de él, los lábios, la cabeza, los brazos, las manos, los miembros todos del cuerpo toman parte en la expresión del pensamiento.» Pero este lenguaje que es más expresivo de ciertos juicios sintéticos y de los afectos, no puede reproducir con perfección el pensamiento. Para eso sirve la palabra, explosión de la naturaleza íntima de un ser, segun la poética definición de un escritor; sistema de sonidos articulados expresados por la voz mediante la cual expresa el hombre los estados de su alma. Por ella el hombre se separa de los irracionales, por ella se pone en relación con la divinidad y canta sus alabanzas; ella, en fin, le corona de honor.

Estos dos lenguajes cada uno con sus excelencias; cada uno con sus perfecciones, se concilian mutuamente y unidos por el hombre nos dán la expresión casi perfecta de los sentimientos de su corazón, de las resoluciones de su voluntad y de las concepciones de su inteligencia.

La palabra tiene diversos modos de manifestación y en ello intervienen una multitud de circunstancias, porque uno el lenguaje por su origen es vario, segun las razas y nacionalidades; varía de hombre á hombre reflejando su originalidad individual en el modo de producirse el pensamiento en la palabra. Entónces nace la palabra bella, que bien sabido es que son condiciones fundamentales de la belleza la unidad, la variedad y la armonía; de esta manera se verifica la fusión de lo expresado con lo pensado dando origen al estilo.

Bien quisiéramos entrar en largas averiguaciones sobre el estilo y estampar aquí cuanto de él se ha dicho; mas ni cabe dentro de los límites de nuestro trabajo, ni fuera otra cosa que repetiros lo que olvidado teneis por demasiado conocido. Por esta razón he de hacer caso omiso del valor etimológico de la palabra y sus varias acepciones y, pasando á otro orden de ideas, manifestaros que en medio de los diversos pareceres hay conformidad esencial entre los preceptistas y estéticos.

Refiérenlo unos al modo particular de expresión, otros á lo accidental y variable del discurso, no faltando quien fundadamente lo haya creído el orden y el movimiento del pensamiento. Un escritor moderno afirma que no se refiere al lenguaje ni tampoco al pensamiento, sino que es el resultado de lo uno y de lo otro fijando en la obra literaria el sello característico del escritor. Con esta idea se hallan conformes casi todos los autores y muchas definiciones pudiéramos citar que demostrarían palpablemente esta verdad. Permitid, sin embargo que estampemos aquí la magnífica frase de un escritor para coronar debidamente la série de ideas expuestas: "el estilo es la expresión de la actividad humana." Nada hemos podido hallar que más nos haya satisfecho porque esta frase resume cuanto puede decirse de tan importante cuestión, que todo lo abarca, que por doquiera extiende su poderoso influjo. Nosotros vemos en el estilo la idea y la palabra, la belleza y su forma, el pensamiento y su medio de manifestación; vemos retratado al escritor porque el estilo es la sorprendente obra del genio.

## II.

Una el alma en su esencia, varia en sus facultades y operaciones distinguimos con toda claridad unas y otras por medio de la poderosa fuerza de la abstracción. Así tambien en Literatura distinguimos el pensamiento de la palabra, estudiamos separadamente sus leyes y formando despues una unidad examinamos cuanto se refiere al estilo y le diferenciamos del lenguaje. De esta manera lo que la abstracción separa, la generalización lo reconstituye.

Tal es la vaguedad y confusión que reina entre los preceptistas cuando de estas diferencias se trata, que confesamos ingenuamente que fuera muy difícil, por lo que la generalidad nos dicen establecer una distinción clara y exacta; y sube de punto la dificultad porque la mayor parte no unieron los ejemplos á los preceptos y, pródigos en dar reglas, mostráronse parcos en comprobarlas con los autores clásicos de nuestra rica literatura.

La diferencia esencial entre las dos ideas enunciadas es como la del todo con la parte. El lenguaje abraza únicamente el medio de expresión de nuestro pensamiento; el estilo comprende el pensamiento con su belleza, con su verdad, con sus formas; el lenguaje con sus elementos, con sus cualidades, con sus adornos que le prestan energía y gracia; penetra en las regiones de la concepción estética y sorprende el momento de la creación; mira la fusión del pensamiento y el medio de manifestarse; señala el carácter del escritor.

El pensamiento y el lenguaje son del domi-

nio de la generalidad; el estilo es patrimonio de unos pocos que han sabido elevarse sobre los demás, que han tenido el suficiente talento para hacer que todos fijen su mirada en ellos, porque el estilo *es la ley de la separación*.

Todos los seres humanos fueron creados con inteligencia, todos tienen medios de comunicar sus ideas, pero muy pocos tienen estilo. Tal es el fenómeno que vemos en todos los siglos, el hecho que vemos en las diversas nacionalidades el que acompaña también a las artes en general: así en la escultura como en la pintura, en la música como en la poesía, se separa una época de otra época, una escuela de otra escuela, un artista de otro artista.

El lenguaje atenderá a las prescripciones gramaticales y retóricas: el estilo las tendrá presentes en relación íntima con el pensamiento. Teniendo en cuenta esta diferencia afirmaba Buffon en su admirable discurso que “escribir bien era todo a la vez pensar, sentir y expresarse bien.... y que el estilo suponía la relación y el ejercicio de todas las facultades intelectuales.”

El lenguaje es el mismo para todos, no atiende a determinadas circunstancias; el estilo tiene en cuenta las circunstancias de persona, lugar y tiempo, la situación del escritor y su carácter. Nuestra rica y armoniosa lengua castellana con su mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras fué la misma en el siglo XVII y, sin embargo; qué diferencia entre el estilo de Lope y Calderón, de Cervantes y Quevedo, de Mariana y Solís!

La palabra se aprende, el estilo se crea; he aquí por qué solamente los grandes hombres tienen estilo; he aquí por qué, como dice un es-

critor, "es el lugar del genio su marca, su prueba, su gloria."

El lenguaje es una colección de signos; el estilo es una reunión de cualidades. Por la palabra no podremos ver la personalidad del escritor, pero sí por el estilo, porque allí vemos su alma entera con sus pensamientos, sus afectos y sus pasiones. Dad, decía un ilustrado autor, á un hombre las ideas de otro hombre; el plan de una obra, la reunión de detalles, los materiales, todo, hasta las palabras: jamás las dos obras se parecerán. El gran escritor y el otro estarán eternamente separados por un abismo; cada uno de ellos tendrá su estilo.

Aún notaremos para terminar estas distinciones que puede no existir la palabra y haber estilo. El silencio es elocuente y es sin palabra; es la expresión suprema, que cuando ensimismado el hombre en sus reflexiones ó abrumado por sus desgracias calla, el silencio se encarga de expresar lo que no hay lenguaje oral que lo manifieste: el silencio es el más excelente de todos los estilos.

### III.

Expuestas las anteriores generalidades y diferencias podemos fácilmente deducir de ellas la posibilidad de existir escritores que, guardando en sus obras todas las reglas referentes á la palabra aislada y unida y poniendo sumo cuidado para no faltar á los preceptos gramaticales y retóricos carecen de estilo propio, ó le tienen malo y vice-versa.

El estilo, dice un ilustrado preceptista, es independiente del saber y frecuentemente hombres llenos de ciencia carecen de estilo.

Harán descubrimientos prodigiosos pero no los sabrán exponer de una manera digna; habrán desarrollado el entendimiento, el juicio y la memoria, pero no han cultivado la imaginación y la sensibilidad, y el estilo aparece desprovisto de gracia y energía.

Bien sabemos que alguno dirá que Cervantes, Lope, Calderón y otros ilustres escritores, gloria de España, tuvieron en algunas ocasiones graves defectos, más no olvidemos el *quando-que bonus dormitat Homerus*, del lírico latino, y pensemos que no es posible juzgar al poeta, ni al historiador, ni al didáctico, ni al novelista por algunos pequeños defectos.

Nada comprueba mejor una verdad que el lenguaje de los hechos; acudamos pues, á nuestra literatura, recorramos sus páginas de oro y busquemos entre aquellos esclarecidos hijos de nuestra patria los que con sus obras dan testimonio de nuestra afirmación.

El P. Mariana, de quien se dijo que Roma tenía medio historiador, España uno y las demás naciones ninguno, tiene un estilo grave, terso, grandioso y natural y, sin embargo, su lenguaje suele ser incorrecto, poco preciso y ambiguo.

En la dedicatoria que de su obra hizo al Rey D. Felipe III se encuentran estas palabras: "Juntamente me convidó á tomar la pluma el deseo que conocí, los años que peregriné fuera de España en las naciones extrañas, de entender de las cosas de la nuestra..... Volvíla en romance, muy fuera de lo que al principio pensé, por la instancia continua que de diversas partes me hicieron sobre ello y por el poco conocimiento que de ordinario hoy tienen en

España de la lengua latina, aun los que en otras ciencias y profesiones aventajan. Mas ¿qué maravilla, pues ninguno por este camino se adelanta; ningun premio hay en el reino para estas letras, ninguna honra, que es la madre de las artes? que pocos estudian solamente por saber...” Huelgan en este fragmento una porción de palabras que lejos de servir para hacer comprender el sentido son redundancias de mal género y peor gusto, á más de ser una digresión impropia de una dedicatoria.

El mismo autor (1) hablando del fabuloso rey Abides disloca el sentido de la frase con un paréntesis que no era necesario. “El cual luego que vió aquel mancebo por cierto sentimiento oculto de la naturaleza (de que muchas veces sin entendello somos tocados y no sé que cosa mayor de lo que se veía, resplandecía en su rostro) mirándole atentamente y las señales que siendo niño le imprimieron en su cuerpo entendió lo que era verdad....” Defecto es este que se repite en muchas páginas de la obra siendo uno de los más notables el del capítulo 4.º del libro 24 en que habla del rey D. Enrique IV de Castilla.

No puedo menos de presentar á vuestra consideración otro fragmento relativo al sitio de Sagunto en que son de notar la poca armonía y rotundidad del periodo (2) dice así: “comenzaron con cierta máquina que llamaban ariete, á batir la muralla por la parte más baja que se remataba en un valle, y por tanto parecía más flaca. Engañólos su pensamiento; la batería

---

(1) Libro 1.º. Capítulo 13.

(2) Libro 2.º. Capítulo 9.

salió más dificultosa de lo que pensaban y los moradores se defendían con grande brío y corage; tanto que al mismo Anibal como quier que un dia se llegase cerca del muro, pasaron el muslo con una lanza que le arrojaron desde el adarve.” Cualquier oído, por poco delicado que sea, percibe el predominio de las vocales abiertas, y la no terminación del período con la palabra más sonora.

Mas no solamente en el escritor mencionado, sinó aun en aquellos que figuran entre los mejores veríamos defectos de locución. El mismo Cervantes en su inmortal D. Quijote es á veces desaliñado, incorrecto y comete faltas que pugnan con las leyes gramaticales. He aquí algunas muestras:

“El cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas,” (1) En este fragmento hay ambigüedad porque no sabemos á quien fué á pedir las manos, siendo dos los personajes que intervienen en la acción. Por intercalar paréntesis falta también á la claridad. “Aquella noche alzaron velas y se dieron priesa á apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres (entre los que también Ricaredo dió libertad, por mostrar que más por su buena condición y generoso ánimo se mostraba liberal que por forzarle el amor que á los católicos tuviese) rogó á los españoles etc. (2)

Faltas de propiedad hallamos en su Inge-

---

(1) D. Quijote. Parte 2.<sup>a</sup> capitulo 18.

(2) La española inglesa.

nioso Hidalgo cuando dice: "Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de D. Diego, pintándonos las que contiene la casa de un caballero labrador y rico."

De malas construcciones también nos dejó algunos ejemplos como el de *El casamiento engañoso*, cuando dice el licenciado Peralta: "la olla es muy de enfermo y aunque está tasada para los dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, etc." y no dejan de notarse faltas de armonía como cuando en *La tía fingida* se expresa de este modo: "que sin que la Cláudia lo supiese, todo aquello que Don Félix diese fuese para ellas solas sin que tuviese que haber en ello la vieja."

Hallamos, á veces en Cervantes falta de unidad en la cláusula, palabras groseras y asquerosas, y aún algunas que ofenden el pudor dislocación de oraciones por paréntesis excesivamente largos, mas estos pequeños lunares nada son comparados con la multiplicidad de bellezas que han hecho especialmente de su Hidalgo manchego la novela de todos los tiempos.

Bien así como Cervantes tuvieron descuidos Santa Teresa, que á veces peca de oscuridad en su lenguaje, San Juan de la Cruz, que en ocasiones no se mostró muy correcto y Fray Luis de León y Rodrigo Caro, que cometieron faltas respecto al lenguaje y estilo; las hallamos en Calderón y Moreto, mas no por eso dejan de brillar como astros de intensa luz.

#### IV.

El lenguaje es el cuerpo: el pensamiento es el alma, decía un ilustrado, un escritor. Gran verdad, Ilmo. Sr., que nos hace ver la relación

íntima entre la idea y la palabra. Por esta razón, no puede prescindirse de acudir á la Lógica y á la Gramática cuando tratamos de estudiar el lenguaje.

No há mucho tiempo que un docto académico se hacía esta pregunta ¿Cómo nace una lengua? La misma pudiéramos hacernos en este instante si creyéramos pertinentes á nuestro objeto las investigaciones acerca del origen filosófico-histórico del lenguaje, de la constitución de las lenguas y su desarrollo al través de los tiempos. Cuestiones son estas que por lo mismo que vagan por el campo de las opiniones necesitan más tiempo del que ahora disponemos para tratarlas.

El alma, cuya existencia percibimos por sus efectos, es la fuerza por la cual se nos revela el sentir, pensar y querer; pero de estos modos ó manifestaciones anímicas la intelectual es la más valiosa para nuestro objeto.

Colocado el hombre en medio del Universo, rodeado de maravillas naturales y de fenómenos incomprensibles, observando la belleza de sus fôrmas orgánicas percibe todas estas impresiones, siente algo que se agita en su interior y brota la *idea*; contemplando las relaciones de los objetos entre sí y de las ideas forma el *juicio*; y enlazando una série de juicios elevándose de los hechos á las leyes y descendiendo de las leyes á las consecuencias produce el *raciocinio*.

La idea, el juicio, el raciocinio; he aquí el punto de partida para las leyes lógicas de la expresión.

Referimos las ideas á séres ó sustancias, á las modificaciones que estas sufren, á las rela-

ciones que entre ellas se establecen. Las ideas podrán ser signos de séres reales ó posibles ó participarán de ambos elementos, tendrán mayor ó menor extensión y comprensión: las modificaciones se referirán á un ser en sus diversas circunstancias, y las relaciones podrán ser entre dos ideas, entre dos juicios, relaciones de simple existencia ó relaciones determinadas. Este conjunto armónico de ideas de sustancia de modo y de relación enlazadas entre sí, adoptando diversas formas y tomando giros diversos es lo que constituye la proposición lógica, reflejo del juicio, así como la série de juicios constituye el raciocinio, reflejo de la argumentación.

¡Cuán admirable es el enlace y relación entre la Gramática y la Lógica! El nombre representación de los séres; el verbo representación de las relaciones: por ellos expresamos lo abstracto y lo concreto, lo general y lo particular, lo necesario y lo contingente; por ellos manifestamos la acción y la pasión, la esencia y la existencia, la afirmación y la negación: relacionamos estas ideas, las atribuimos á un ser y presentamos á los ojos de los demás cuanto pasa en nuestro interior.

El enlace, la dependencia, la conformidad que tienen estas palabras entre sí, también se halla en relación con el pensamiento, y así como la idea ha de estar conforme con la idea, y existe en ellas una dependencia, y representan diversas funciones, así ha de existir en la expresión este orden y responder á esta filosofía.

No es nuestra lengua, dice un autor, la que goza de ménos libertad en punto á colocación

de las formas gramaticales. Así es, en efecto, pues vemos que el nombre y el verbo, principales términos de la proposición y frase ejercen, el primero, las funciones de sujeto, atributo y complemento; ya se coloca antes, ya después del verbo, ya sirve de complemento al adjetivo, ya al verbo de distintas maneras; el segundo se manifiesta en forma sustantiva sirviendo de sujeto, atributo ó complemento; en la adjetiva, haciendo oficio de modificativo á más de expresar en otras ocasiones la atribución ó servir de término complementario.

Así vemos la división de los nombres conforme á la de las ideas; la clasificación del verbo conforme á la relación que expresa. Así observamos que las palabras, unas son simples, otras compuestas, según que expresan una idea ó la unión de dos; así pudiéramos observar que el elemento más indivisible, la letra, es quizá signo de una idea; así veríamos expresar el sonido por la parte material de la palabra y las diversas inflexiones de la voz por medio del ritmo; así, por último, leeríamos la expresión de las ideas cardinales por medio del recuerdo de la palabra primitiva ó sea la raíz.

Tal es la relación existente entre lo que la Lógica prescribe y la Gramática preceptúa. Tal es el organismo del lenguaje que obedece á leyes determinadas, que vamos á presentar en conjunto.

Tres condiciones fundamentales deben existir en toda lengua: la pureza, la propiedad y la armonía. Por la primera sabremos su valor lógico, sus vicisitudes y modificaciones en el trascurso de los siglos, la historia de las diversas palabras que le componen; por la segunda

las emplearemos convenientemente; por la tercera estableceremos la conexión entre el sonido y la idea que comunica.

La pureza y la propiedad aunque cualidades distintas tienen entre sí alguna relación, pues no podemos hablar con propiedad sin ser puras y castizas las palabras, aunque sí pueden ser puras todas las voces y no ser propio el lenguaje. Por otra parte sin conocer bien el origen de las palabras no las aplicaremos convenientemente, porque mal podremos usar en su propia acepción los vocablos aguardar, esperar, clemencia, misericordia, jóven, mozo, si nó tenemos perfecto conocimiento de ellos.

Si la palabra ha de ser exacta expresión del pensamiento, es necesario que tenga las cualidades mencionadas. Por eso se consideran como vicios cuanto á ellas se opone y pecamos contra el idioma al emplear el arcaísmo y el neologismo, el barbarismo y el solecismo.

No cesaremos de clamar, ya que la ocasión se nos presenta, contra la multitud de voces y construcciones viciosas que en nuestro idioma se introducen casi diariamente. No puede ménos de causar indignación, á cualquiera, que de buen español se precie, el que nuestra lengua vaya mendigando al extranjero voces y locuciones que para nada necesita.

No negaremos en absoluto la introducción de voces tomadas de otro idioma, pero esto debe ser hijo de la necesidad y en este caso debemos acudir más bien á una lengua muerta y si la traemos de allende los Pirineos, vestirla con el ropaje de las naturales del país, aunque mejor fuera que de nuestra rica habla de Castilla se formase por el enlace natural de dos palabras.

De buen grado trasladaríamos aquí los inapreciables preceptos que, acerca de esta cuestión, trazó de mano maestra el inmortal Horacio, pero todos los sabeis. Él nos dice que las palabras como las generaciones nacen y mueren. Si las palabras se han de introducir únicamente ha de pedirlo la necesidad ó una singular utilidad. Los progresos de las ciencias y artes exigen á veces nuevos vocablos en las lenguas y el uso ha hecho que vengan á nosotros palabras que hoy son corrientes pero tengamos presente que Quintiliano llamaba "*costumbre del lenguaje al consentimiento de los sábios así como costumbre de vivir al consentimiento de los buenos.*" (1)

Proscribamos pues el arcaísmo y el neologismo (salvas las excepciones antedichas) releguemos las voces técnicas para la didáctica y estudiando la etimología de las voces y el uso acertado de los sinónimos podremos conseguir que la palabra sea la verdadera representación de los conceptos mentales.

Mas la palabra unida exige también la pureza para que sea clara, la unidad para que refleje la belleza.

La mala colocación de las palabras, el poco conocimiento de los idiotismos y modismos, las construcciones violentas dan origen á la ambigüedad. (2) "Si nó empleáramos ni más ni

(1) *Consuetudinem sermonis vocabo consensum eruditorum, sicut vivendi consensum bonorum.* (Quint.<sup>o</sup> De Institutione Oratoria.)—Lib. 1.<sup>o</sup> cap. 4.<sup>o</sup>

(2) *Nam si neque quam oportet, neque plura, neque inordinata aut indistincta dixerimus, erant dilucida et negligenter quocumque audientibus esse aperta: ut in animum audientis sicut sol in oculos etiamsi in eos non intendatur incurrat. Quare non solum ut intelligere possit sed ne omnino possit non intelligere curandum.* (Quint. De inst. or. Lib. 8. cap. 2.<sup>o</sup>)

ménos palabras que las precisas hablando con órden y distinción, entonces la oración será clara y nos entenderán los que nos escuchan aunque estén algo distraídos.... de suerte que, hiera nuestro ánimo como la luz del sol á nuestros ojos aunque no miren hácia él; porque debemos procurar no sólo que nos entiendan sino que no puedan dejar de entendernos.» Por medio de este precioso simil, nos enseña Quintiliano, cuán grande sea la importancia de la claridad. No hemos de añadir una palabra más, pues fuera pálido cuanto pudiéramos manifestar acerca de este asunto, comparado con las frases del insigne autor *De Institutione oratoria*.

Ahora bien, ¿qué medios tendremos para lograr esta cualidad? El estudio de la lengua, la suma delicadeza para la colocación de los adverbios que califican á alguna palabra ó limitan su significación, el cuidado para interponer las circunstancias en medio de una sentencia, el esmero en la colocación de las proposiciones incidentales y complementos en el sitio que mejor indiquen á quien se refieren, y el procurar la acertada disposición de los relativos y posesivos.

No insistiremos mucho sobre la unidad de la cláusula, espejo donde se refleja la belleza, si es cierta la expresión de S. Agustín, "*Omnis porro pulcritudinis forma unitas est.*" Así como la unidad se muestra en la naturaleza y en el hombre, es precisa en el lenguaje. Para conservarla es neceriso cambiar de escena lo ménos posible, no acumular en una sentencia cosas que tengan poca conexión, nó dislocarla por paréntesis largos y cerrarla por completo.

El órgano vocal del ser humano es un instrumento perfectísimo; nada le aventaja, ningún sonido de la naturaleza posee su fuerza expresiva; pero estos sonidos, ya unidos, ya formando palabras, llevan siempre consigo la expresión de los diversos estados del alma. Es la palabra, como dice un ilustrado escritor, un organismo viviente que manifiesta su vida por medio de elementos prosódicos.

Cuando los acentos y pausas están convenientemente distribuidos; cuando los períodos son rotundos y existe la buena combinación de palabras en la cláusula, entonces el oído ménos delicado percibe el mágico poder de la armonía, entonces la palabra nos presenta ora la tristeza ó la alegría, ora mal concentrada ó la tranquilidad de la conciencia, tanto la hipocresía cuanto la virtud, ora el sarcasmo y la burla como la indignación ó el entusiasmo.

La unidad en la variedad, esa ley suprema de la belleza y del arte, es condición esencial de cada uno de los elementos de la armonía. Si no evitamos la monótona repetición de las mismas letras, sílabas y palabras, si hay discordancia entre los sonidos que componen las frases y cláusulas, si no ponemos excesivo cuidado para no caer en vicios de dicción conocidos de todos en vano conseguiremos la *melodía*; si reina una desproporción completa y un verdadero desorden en punto á la longitud de las frases ó si todas constan del mismo número y extensión violaremos el *ritmo de tiempo*; si, por último, no viésemos un acento preponderante no lograríamos una frase armoniosa por el *ritmo de acento*.

Pero al lado de esta armonía mecánica álza-

se la expresiva, la que imita los objetos y manifiesta de un modo vivo y enérgico los sentimientos del alma. Si la palabra está al servicio de la idea, del pensamiento, y guardan relación entre sí, también ha de existir la conveniencia con el tono general de la obra, con las ideas y afectos que en ella se expresan. Ved las cláusulas cortadas y rápidas como nos manifiestan la vehemencia y energía; los períodos llenos y sonoros describiéndonos la magnificencia y sublimidad; la tristeza y melancolía expresadas con cláusulas suaves y lentas. Si acudimos á la poesía, admirad cómo por la reunión de varias medidas, por la combinación de versos de distintas clases, por la colocación de los acentos, por la armonía, en una palabra, imita ora los sonidos naturales, ya los movimientos de los cuerpos, ó nos da á conocer las pasiones que agitan nuestra existencia y los afectos que conmueven nuestra alma.

Permitidme terminar esta parte comprobando con ejemplos de nuestros clásicos estas teorías literarias.

“Allí le parece que el sol es más transparente y que el sol luce con claridad más nueva. Aquí descubre un arroyuelo cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan.” Cuan bella se muestra el habla de Castilla en este pasaje de Cervantes salta á la vista; retrátase en él la flexibilidad del idioma, la armonía de la palabra y de la frase y, sobre todo, el manejo de nuestra lengua de un modo primoroso.

Si queremos percibir aún mejor la armonía del período, el Cicerón español nos dará una

preciosa muestra en este fragmento hablando de Dios nuestro Señor (1) Oh invisible y que todo lo vé inmutable y que todo lo muda, á quien ni los espacios faltan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegrías alhagan; á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; á quien ni el origen dió principio, ni los tiempos aumentó, ni los acacimientos darán fin; porque en los siglos de los siglos permanecéis para siempre." No nos permite el tiempo examinar todas las bellezas que tal descripción encierra, en la que no se sabe qué admirar más si lo castizo de la dicción, la armonía del lenguaje en todo su esplendor, ó la gradación de las ideas y vocablos ó la relación entre el concepto que de Dios se había formado el venerable Granada, y las expresiones con que le manifiesta.

No hemos de pasar en silencio las felicísimas imitaciones que abundan en nuestros poetas, poniendo fin con ellas á esta série de ejemplos.

Valbuena nos presentará la imitación de la trompa guerrera de un modo admirable

Cuando el tiple marcial que el clarín vierte,  
Y el ronco són de trompas y atambores,  
Con que el mundo camina hácia la muerte.

y nos dará á conocer los melancólicos acentos de un laúd.

Por el aire sutil dejó sembrado  
Del suave acento un resonar medido,

---

(1) Fray Luis de Granada.—Memorial del cristiano.—Cap. 4.º

De tan varia armonía acompañado  
Que el alma cautivó por el oído  
Al dulce son que en los sentidos dejan  
Los golpes de la cuerda que se quejan

Compárense los siguientes de Ercilla

Nubes con nubes vienen á cerrarse  
Turbulento rumor se levantaba  
Que con *furiosos* impetus violentos  
Lanzaban su furor los cuatro vientos

Con estos de Balbuena:

Sale el dorado sol, la mar se altera,  
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío;  
Y de su barro el caluroso aliento  
El bajo suelo humea y arde el viento.

y notaremos el efecto producido en el alma por tales descripciones,

Si queremos percibir los movimientos, acudamos á Melendez que, de una manera tan gráfica como inimitable, nos pinta las espirales de humo elevándose al espacio

El humo en las caserías  
En volubles hondas crece  
Y á par que en el aire sube  
Se deshace en sombras leves.

Lope de Vega nos describirá la lentitud del paso del buey

Ni la cerviz sujeta  
Al yugo, el tardo buey el campo araba,

notándose el contraste si los comparamos con estos del inimitable Zorrilla.

Y matas y peñas, vallados y troncos  
En rápida, loca, confusa ilusión;  
Del viento á los silvos ya agudos ya roncós,  
Pasaban al lado del suelto bridón.

Mas donde la poesía se eleva á gran altura es en la imitación de las pasiones y efectos del alma.

El mismo poeta, citado poco há, nos hará gozar de los suavísimos trasportes de alegría con que saluda la aparición de la patria celestial, ó cantando en sublimes notas los sentimientos que la naturaleza y el apartamiento del mundo le inspiran, lanzará aquella tan sabida exclamación.

Que descansada vida,  
La del que huye del mundanal rüido.....

al par que el santo Juan de la Cruz, nos arrobará cantando la hermosura del Esposo divino en esta forma

Mil gracias derramando,  
Pasó por estos sotos con presura,  
Y yéndolos mirando,  
Con sola su figura,  
Vestidos los dejó de su hermosura.

Bien quisiéramos multiplicar los ejemplos de nuestros poetas, mas ya que esto no sea posible, no cerraremos esta parte de nuestro trabajo sin recordar la magnífica pintura que Valbuena y Sor Juana Inés de la Cruz nos hacen de los celos y Garcilaso de la tristeza de un pastor desdeñado mientras que el tiernísimo Francisco de la Torre nos hace sentir la idealidad poética del amor.

V.

Unidos de esta manera impenetrable la palabra y el pensamiento, reflejados en las obras literarias, nos dan á conocer la personalidad del escritor. Así como el carácter nos muestra al individuo, así constituirá el sello de su personalidad el estilo, es decir, la cualidad predominante. El carácter, pues, se nota en todos los grandes hombres; su estilo es el modo de manifestarle: así en Alejandro es el génio de la conquista, en César el deseo de imperar, en Colón el afán de descubrir nuevos mundos, en San Vicente de Paúl la caridad, en Santa Teresa el amor divino.

Esta condición primaria del estilo es, según unos la oportunidad, según otros la naturalidad y nosotros creemos que es la verdad. Ya que ella es cualidad esencial del pensamiento y del lenguaje, ya que la naturalidad consiste en presentarse el hombre tal como es, es decir con toda verdad, esta debe resaltar en el estilo. Buffon lo ha dicho. “El estilo es el hombre mismo. El estilo no puede alterarse, ni transportarse; si es elevado, sublime, noble, el autor será igualmente admirado en todos los tiempos; porque no hay más que la verdad que sea durable y eterna; porque un bello estilo no es tal, más que por el número infinito de verdades que presente.”

Una la verdad, aplicase á distintos objetos, muéstrase en distintas formas, manifiéstase de varios modos; de aquí el que de esta cualidad esencial, nazcan una multitud de cualidades accidentales que dan lugar á los diversos géneros de estilo.

No es posible enumerar aquí todas las clases de estilo que han consignado en sus obras los preceptistas, ni muchas más que aún pudieran hacerse. Varía de raza á raza, de pueblo á pueblo, de escritor á escritor; es distinto según la profundidad del pensamiento, y la belleza del mismo, según los afectos que predominan; no es igual por las cualidades que caracterizan al pensamiento, que por las del lenguaje y el ornato que le realza; varía en razón al género literario que se cultiva.

Ocioso sería dar en este lugar una sucinta explicación de los caracteres que constituyan cada uno de los géneros de estilo, mas no dejaremos de exponer, siquiera sea ligeramente, las condiciones de algunos de ellos.

Bien sabido es cuanto influyen en el individuo las condiciones de la raza, el tiempo en que vive y el país en que nace, y estas vienen también á modificar su estilo. Así el Lacedemonio, que se distinguía por su valor y por una educación que se ha hecho proverbial, creó un modo de decir enérgico y propio de su carácter; el asiático, aficionado al lujo y la ostentación reveló en sus obras el ornato y la pompa; el ático elegante sin afectación se mostró fluido y correcto en el decir y el rodio, que participaba de las cualidades de los otros pueblos, creó un estilo mixto. Así vemos también que el poeta americano se muestra vigoroso y sublime en sus composiciones, como si participaran de aquella exuberante vegetación y aquel cielo sereno de su patria los acentos de su lira; el inglés es grave y majestuoso como su cielo y su territorio; el español es grande é hiperbólico como las hazañas de su historia, bello como sus

campañas, gracioso y festivo como su carácter.

Y no solamente influyen las circunstancias antedichas, pues que, distinguiéndose cada hombre de los demás, son conocidos los escritores por marcar su genialidad en las concepciones de su inteligencia. Buen ejemplo de esto, son Homero y Virgilio, Demóstenes y Cicerón, León y Granada, Mariana y Solís, Cervantes y Hurtado de Mendoza.

El pensamiento que bellamente se concibe, bellamente se manifiesta; el que con claridad se presenta á los ojos del alma, con claridad se comunica á los demás. Brotan algunos por la reflexión y son hijos del raciocinio; nacen otros de la fuerza imaginativa; exprésanse los unos con pocas palabras, comunicanse los otros con múltiples vocablos y según reunan estas condiciones así varía el estilo en relación á los elementos de la obra. El árido no admitirá adornos, pero manifestará el pensamiento con claridad y exactitud; el limpio admitirá algunos, pero templados y modestos; el elegante, las más pintorescas expresiones; el conciso presentará los pensamientos capitales mientras que el difuso expresa los secundarios, los amplifica, los acompaña de numerosas consideraciones; el primero es generalmente enérgico y cortado; el otro débil y redundante. Ora se nos presenta el lado ridículo de las cosas por medio de hipórbolos, antítesis, salidas de tono ó irónica gravedad, ya se nos muestran los pensamientos con seriedad ó bien, por último, brotan de la energía de los sentimientos, del entusiasmo, de la pasión y se revelan por medio de epítetos atrevidos, las más bellas imágenes y las figuras más pintorescas.

En la obra literaria es donde se ven con más evidencia y claridad todos estos elementos reunidos mediante la fuerza de unidad que les da el artista. Ella revela cuanto siente, piensa y quiere, los sentimientos que abriga su corazón, las ideas que existen en su inteligencia, las determinaciones de su voluntad: y según el asunto y la belleza del mismo, según el fin á que tienda y la belleza que realice, así veremos al artista elevarse como el águila hasta los cielos ó permanecer en la tierra como la generalidad de los séres; así nos entusiasmará con sus cantos, nos hará derramar lágrimas con sus propios dolores ó nos comunicará la alegría con la dulce sonrisa en los labios. Ya le contemplaremos entre la multitud reprendiendo con voz de trueno los vicios de la humanidad, ó interesándose por sus semejantes y afirmando las relaciones de los pueblos, ó ya también ante el tribunal severo defendiendo los derechos del individuo. Y no ménos bella se mostrará la palabra en los labios del hombre, cuando ejerza la noble misión de enseñar.

Según, pues, el género literario que cultive, así será el estilo: llano será el didáctico, elegante y sin afectación el de la historia, templado y sin pasión el del orador forense, digno y noble el del sacerdote que predica el Evangelio, sólido, florido y hasta vehemente muchas veces, el del que contribuye á la formación de las leyes. El poeta, que en alas de su imaginación vuela por los espacios sin límites, tiene mayor libertad y cuenta con otros elementos que caracterizan su estilo; así acudiendo á los epítetos é imágenes, á la versificación, á las figuras, á las voces poéticas las derrama en sus creacio-

nes y las dá mayor belleza: con estos medios se nos muestra grandioso y sublime en la épica, hijo del arrebatador entusiasmo en la lírica, puro y elegante en la comedia, majestuoso y severo en la tragedia, adoptando un estilo medio en el drama, sencillo y tierno en las composiciones bucólicas, vario en las descriptivas, fácil y franco en las sátiras.

De esta manera, Ilmo. Sr. se realiza de un modo admirable en el estilo, la reunión de todos los elementos, el consorcio del pensamiento y la palabra. El estilo es la mágica armonía de las creaciones literarias y el reflejo de la belleza. Que así como existen armonías en la naturaleza y las proclaman los cielos y la tierra así esta ley se cumple también en la inteligencia humana y en el lenguaje. De este modo la palabra al servicio de la idea realizará la belleza; así el génio hablará un lenguaje inmortal y como la luz del sol alumbra á todos los mundos, el estilo será el esplendor del mundo invisible que alumbre á todas las inteligencias.

~~~~~

Siguiendo la tradicional costumbre de estos centros del saber, mis últimas palabras serán para los jóvenes alumnos que, ávidos de conocimientos, acuden á nuestras aulas. En ellos cifra la patria sus más bellas esperanzas; para ellos guarda profundo é indeleble cariño nuestro corazón; á ellos les sonríe el porvenir ahora que se hallan en esa edad en que, libres de cuidados y exentos de pesares, les forja su imaginación los más encantadores ensueños, los más lisongeros ideales. Yo os saludo desde este sitio, con toda la efusión de mi alma, en nombre

LA FUERZA

tambien de vuestros maestros, y espero que escuchando sus sábias enseñanzas y siguiendo sus provechosos consejos, con la virtud por escudo y la constancia por lema, realizareis vuestras más legítimas aspiraciones. De ejemplo os servirán vuestros dignos compañeros que van á recibir el premio de su aplicación, á los que sinceramente felicito anhelando que no desmayen en el camino emprendido para que de este modo puedan ser honra de esta casa, satisfacción de sus familias y gloria de su patria. Llegue tambien á vosotros todos, los que benévolos habeis escuchado mi pobre trabajo, el testimonio de mi gratitud y sabed, dignísimos compañeros de Claustro, que si un día la Providencia me separa de vosotros, recordaré siempre con placer y orgullo el Instituto de Segovia.

*He dicho.*

